



HISTORIA DE LA FORMACIÓN DOCENTE Y DEMANDAS ACTUALES

Por el Lic. Pablo Pineau

Lo que se plantea hoy es pensar una historia en el presente, que penetre y condicione este tiempo, no como lo que fue, lo que hay que saber o una cuestión lúdica, sino como algo que construye y marca. Existe una vieja anécdota de Malinowsky y Braudel cuando estaban en un congreso en Estocolmo; en esta oportunidad uno de ellos dijo: “Bueno ¿qué hacemos? ¿Vamos a conocer la ciudad? ¿Por qué no vamos a un museo?” Braudel le contestó: “¡No, que a los museos vayan los anticuarios! Yo soy historiador, vamos a mirar calles”.

Captando esta idea de un relato opuesto al concepto del coleccionista, un historiador lo que tiene que mirar es el presente, porque ahí está, a la manera de capas o sedimentos, se encuentra en nuestro cuerpo; Michel De Certeau planteaba esto de que la historia y la educación están inscriptas en los organismos. Podemos pensar en la cantidad de enfermedades que arrastramos por la escuela, como ser: vrices, disfonías, alergias, calvicies, etc. Nos han enseñado a pararnos y sentarnos de determinada manera, a frenar nuestros deseos de ir a algún sanitario, y lo hemos incorporado como crónica vigente de nuestras vidas.

A partir de este punto, pensar la formación docente en la Argentina es hacerlo en la matriz de origen. ¿Cómo fue que esto empezó? ¿Quiénes fueron los primeros educadores? ¿Cómo fueron sus huellas, formas de concebir la educación, la sociedad y la práctica educativa? Siguen estando presentes, tal vez no con la misma fuerza, pero continúan en la actualidad condicionando a nuestras instituciones, permitiendo su funcionamiento. Obviamente estamos hablando del normalismo. Queremos hacer una exposición tratando de observar este concepto, lo que implica o a qué nos referimos cuando lo denominamos como una matriz histórica que sigue vigente actualmente; en muchos casos consideramos que es bueno que lo siga estando, pero en otras quizás sería positivo que empezáramos a revisarla para poder mirarla desde otra perspectiva para pensar y obrar distinto. Intentemos reconstruir lo que Bourdieu llamaría los hábitos del normalismo, la idea del hábito como una estructura. ¿Qué es ser normalista? ¿Cómo son y cómo enfrentaron el mundo aquellos que decidieron ser docentes en la Argentina y se adhirieron a esas opiniones?

Habría un primer dato básico. A la pregunta ¿qué es ser normalista? podríamos contestar que es un egresado de una escuela normal. Existe una tendencia a la titulación, empieza a aparecer una cierta profesionalización de la docencia del viejo maestro, quien era educador porque decía saber. Avanzado el siglo XIX y con mayor fuerza en el XX no basta esto, hay que demostrarlo, y se debe haber atravesado unos años en una institución que se supone dota de una enorme cantidad de saberes y que a cambio otorga un título; Bourdieu diría un capital cultural institucionalizado que permite el ejercicio de cierta profesión.



Lo que empieza a definir la idea del educador (y en esto la Argentina acompañó a la Modernidad) es que se trata de aquel ser que porta un caudal de conocimientos vinculados con el método de enseñanza.

No piensen que el docente moderno y normalista se comenzó a despegar de figuras previas a las que estaba asociado. En la Edad Media su figura estaba fundida con las del clérigo, del anciano y del sabio. Santo Tomás puede tomarse como un ejemplo paradigmático. El gran representante de la educación medieval es a la vez clérigo, viejo e instruido. Se destruye lentamente la sinonimia, y lo que verdaderamente define a la docencia es la tendencia a determinadas doctrinas. En el caso argentino estos se otorgan en algunas instituciones específicas como las escuelas normales, quienes habilitan para el ejercicio del trabajo formativo y para la difusión de la cultura.

Estos representantes van a estar, casi exclusivamente, en manos del Estado Nacional (por lo menos hasta avanzado el siglo XX). En el XIX Mitre y Sarmiento coincidieron en la idea de que es el país el que tiene que formar al docente. Habría un doble juego: mientras la Constitución Nacional permite que las provincias tengan sus propias escuelas primarias, el estado se encarga de la instrucción de los trabajadores. Se monta un mecanismo de control muy interesante para unificar el sistema educativo nacional. Sin importar la provincia, se supone que son docentes homogéneos, intercambiables, formados por instituciones que dependen de un pueblo que está construyendo su identidad, cerrando las terribles luchas del siglo XIX y logrando subordinar las autonomías provinciales. Es un concepto fuerte, los sectores del territorio no tienen proyectos de formación y la Nación se encargaría de que los mismos funcionen. La escuela normal es una **escuela normal nacional**. Esto se dio hasta la década del '90, cuando se desarrolló el proceso de transferencia hacia las ciudades.

¿Quiénes van a recurrir mayoritariamente a estas escuelas? Son institutos medios y el grueso de la población del normalismo pertenecerá a sectores medios o medios bajos, urbanos y, en general, de sexo femenino. El modelo ideal consistirá en mujeres de ciudad y de similares clases sociales, para las cuales (y esto es absolutamente vital para entender la cuestión del normalismo) el ingreso al área educativa implica un trampolín con respecto a las determinantes de su origen. Para estos estudiantes la escuela constituye una forma de escapar al destino de la clase, género o ubicación; es una forma de poder dejar de ser lo que se esperaba que fuera. Al aceptar este molde, al adaptarse, podría huir del espacio en el que tendría que estar.

Los normalistas poseen un nivel educativo mayor al de sus padres. En una sola generación asciende la categoría de instrucción de la mayoría. Los normalistas no tienen padres con estudios medios, son generalmente analfabetos o semiescolarizados. El título les permite obtener un buen puesto de trabajo. En el caso de las mujeres no hay ni que decirlo, les facilita romper estructuras. Rubén Cucuzza llama a este fenómeno "la Singer o la tiza", queriendo significar que sus opciones durante el siglo XIX (por lo menos las decentes) eran la costura o la



romper estructuras. Rubén Cucuzza llama a este fenómeno “la Singer o la tiza”, queriendo significar que sus opciones durante el siglo XIX (por lo menos las decentes) eran la costura o la docencia. Para el enorme público femenino esta alternativa les ofrecía la oportunidad de abandonar el destino de la Singer y construir un modelo distinto al esperado.

Una de las grandes raíces del feminismo argentino tiene que ver con el normalismo. Muchas de las grandes representantes de esta agrupación, por lo menos las vinculadas a la burguesía, pasaron por él. En un trabajo anterior hemos analizado este punto, y no consideramos pertinente abordarlo en esta ocasión. En el siglo XIX la Argentina, acompañando al globo, plantea la idea de que para educar bien y con un bajo presupuesto económico, no hay nada mejor que las mujeres (pensamiento expresado sin vueltas por Sarmiento). Esto de feminizar la profesión docente, frase considerada feminista durante el XIX, hoy nos parece machista. Pensemos que en el discurso de esa época la mujer era un ser sin capacidades y en esa cultura existía una creencia bastante fuerte respecto de las peligrosidades morales que entrañaba la educación para ese sector. Durante el siglo XIX se estaban construyendo las matrices genéricas y el hombre aparece como el modelo normal, correcto y perfecto, en cambio la mujer se manifiesta como lo contrario. Hay un doble juego de categorías, uno puede ver que mientras lo masculino corresponde con lo recto y lineal, lo femenino lo hace con lo cíclico o ciclotímico.

En las imágenes el varón aparece como un ser seco y ella como uno húmedo. Pensemos en la cuestión del ilanto femenino o en las formas de la muerte. Él muere de un infarto, que es una enfermedad seca (de allí la expresión “se quedó seco”); por el contrario ella muere desangrada, húmeda, sudando. Hay que fijarse que se trata de construcciones imaginarias con un peso importante para la simbolización de las diferencias. La mujer es un ser a quien se puede seducir y engañar con facilidad y queremos que sea una maestra, aunque sea ciclotímica y esté continuamente enferma. En la descripción de ese siglo se contraponen el hombre sano a la mujer indispueta, con jaquecas e histerias.

Darle a este ser la formación de la Nación era un golpe muy fuerte y una política que debía ser controlada. Pensemos que cuando se convierte a una mujer en maestra la estoy ubicando en un lugar donde existe una cantidad de elementos pecaminosos, como son los libros. En esta institución tiene acceso a ellos, el mito del Quijote estaba muy presente, es decir la idea de que la lectura lleva a la locura. Permitirle acercarse a muchos textos abría el ingreso al espacio público. Se tratará de una mujer que ya no se moverá en el territorio doméstico de su cocina, sino que va a tener un salario, e incluso algunas harán huelgas para cobrarlo porque creerán que tienen el derecho a recibirlo. Sin embargo, según el discurso moral de la época, el dinero echaba a perder las almas. En 1930, tras el inicio de los movimientos feministas pro- voto, algún diputado enunció: “Y claro, tanto les permitimos enseñar los derechos del ciudadano que al final los quieren para ellas. Acá hubo un error, no se tuvo que dejar a la mujer que instruyera sobre los derechos de la ciudadanía”. Probablemente tenía razón, algo de esto habrá pasado. Es



posible que muchas se adhirieran a pensamientos feministas debido a que en su profesión tenían acceso a un discurso liberador. Existía un lado peligroso y diríamos, como mencionamos antes, que muchas de estas utilizaron esta opción. Uno podría percatarse de las setenta y cinco valientes que trajo Sarmiento, las norteamericanas, quienes se rebelaban contra el patriarcado; o de la primera huelga docente en San Luis cerca de 1882. En este último caso fueron ocho mujeres quienes la declararon porque no percibían sus haberes, y conforma la segunda movilización de trabajadores asalariados de la que se tiene registro (la primera fue de los tipógrafos en 1875 en la ciudad de Buenos Aires). En el movimiento de San Luis las huelguistas también eran maestras. Asimismo podemos destacar a esas damas que en ese año, durante el Congreso Pedagógico, permanecen y permiten su funcionamiento. Se rebelaban a las siguientes autoridades incuestionables: el patriarcado, el estado nacional y la iglesia. Para ellas la docencia era un campo de liberación o apertura, además de tratarse de una impresionante forma de disciplinamiento, y obviamente un espacio que las ayuda a escapar de la Singer. Son grupos que ascienden y salen del destino genérico, y efectivamente esto será vital para la construcción de la identidad del educador.

Cuando un normalista se para a dar clase su discurso será: "Sométanse a la escuela. Sean buenos alumnos. Cumplan con las normas esperadas porque esto es lo mejor que les puede pasar y yo soy la prueba". Ellos se vuelven la demostración del mensaje que encarnan. "No hay nada mejor, lo mejor que te puede pasar es ser buen alumno. No te rebeles, porque la rebelión te echa de la escuela. La única arma que tiene, por lo menos para el imaginario normalista, para escapar al destino del origen es la escuela". Honra su propia historia, dentro de este sistema, el maestro que puede contar como una gran gesta lo que hizo, de donde fue capaz de huir y, en función de esto, considera que debe hacer todo lo necesario como para lograr que esto que le sucedió a él (mejor dicho a ella) le ocurra a sus estudiantes. Está convencida que lo mejor que le puede ofrecer es la escuela y su respectivo sometimiento. Un normalista no dudaba que lo positivo era esta institución ya que su vida lo comprobaba. Pensemos como se ha debilitado esta cuestión hoy en día. La espantosa pregunta de un profesor de escuela media sería: "¿Para qué vengo a la escuela?" En 1940, si alguien preguntaba a un profesor de física: "¿Y esto para qué me sirve?", aunque a nadie se le hubiese ocurrido el interrogante, pero si hubiese sido formulado, el docente no habría dudado en la contestación: "Te sirve para conocer, para ser buena persona y ascender". El docente sabía que conocer las reglas de la termodinámica era lo que le había permitido ser lo que era. Tal seguridad y el sometimiento del alumno ante las ventajas consecuentes, fueron lo que fraguó parte de la matriz normalista. Así emprenderá una batalla en la que muchas veces los fines justificarán a los medios.

Supongo que todos los que estamos aquí somos normalistas, o tal vez ya no sólo esto, pero tenemos confianza ciega en la escuela. Seguimos considerando que no hay nada mejor y sufrimos por ella. Habrán leído y firmado escritos que demuestran la cantidad de atrocidades



que esta comete. Las investigaciones nos muestran en forma incuestionable que esta institución reproduce, disciplina, segmenta, coarta, prohíbe, impone, entre otras cosas. El último libro que hemos escrito se llama «La escuela como máquina de educar». A pesar de afirmar lo que dice el título, con toda la carga de enojo y denuncia que esto contiene, seguimos convencidos de que no hay mejor lugar para un joven que el colegio. Yo lo sigo creyendo, supongo que ustedes también y por esa razón están aquí.

¿Qué más significa ser normalista? Al convencimiento fuerte de que la escuela es lo mejor, se puede agregar que la cultura que circula por ella es positiva. Rodolfo Senet, uno de los grandes defensores de este sistema, decía que la victoria sobre la barbarie, conquistada en los campos de batalla, continuaba en las aulas. Es tar con claridad, respetar los modelos de carta, el dictado, las copias y la lectura colectiva, nos marca debido a que manifiesta el peso que tiene la cultura letrada dentro de esta institución (apareciendo como superior a cualquier otro portador de palabras). El discurso evolucionista era muy fácil cuando el tema se encontraba con la voz y nos permitía decir -lo cual era falso- que la página es superior a la oralidad, debido a que la escritura posee una cantidad de ventajas que supuestamente la otra no tenía presente, como es contar con un mejor recuerdo, llegar al análisis, síntesis o relectura. Un enorme problema que se va a plantear a los normalistas es cuando, a fines del siglo XX, la palabra comience a verse jaqueada por un nuevo portador de textos, representado por la pantalla y en donde el discurso evolutivo -supuestamente- derrotó a la voz gracias a su amplia evolución. En términos de reforma, la pantalla se presenta como predominante ante la página, y este será un inconveniente que la escuela seguirá defendiendo. A mí me parece correcto el pensamiento de que no hay mejor forma de acercar la cultura a la página. La lucha dentro de este espacio entre esta última y la voz se debatirá acerca de la manera más certera de transmitir y procesar la cultura. Aquí se observa una batalla de clase. Esta situación latente entre expresión, página y pantalla trae un elemento vital de construcción escolar referida a cuál es la cultura hegemónica, oficial, buena o la que debe ser enseñada. Piensen en contrarrestar la civilización de una barbarie (la idea de alpargatas sí, pero libros no), una gran pelea que se va desarrollando en la cultura argentina y en la que los institutos educativos toman partido por el progreso e intentan imponerlo. Esos conocimientos son los de la página, y se los puede ver en la arquitectura: los increíbles edificios, el comienzo del concepto de una construcción distinta, en oposición al relato de la casa en la que vive el alumno (oscura, húmeda, sin ventilación) aparece el espacio escolar como un lugar fresco, luminoso, aireado, de buena edificación, sin enfermedades ni alimañas. Existe una disputa intelectual que se da en el seno del colegio y en donde los normalistas se ubican en una posición, convencidos de tener que establecer una pauta cultural que, en ese momento, es hegemónica. Cuando el Estado cambie la pauta cultural, como en el peronismo, y exista una disputa de algún otro origen como la de corte plebeyo, el normalismo seguirá batallando en la misma opinión.



consciente de que debe continuar su imposición de un modelo intelectual en la educación. En el momento que mencionamos la escuela multicultural o de la diferencia, estamos empezando a horadar, pero es complejo este pensamiento de que no haya una mejor opción. Todo normalista consideraba que tenía que dejar algo escrito, para la memoria, porque posee la pasión por la redacción. Hay dos clases de escritura a la que pueden recurrir ellos y que marcan su consagración: una son las memorias (librerías llenas de textos con nombres similares, retazos de vidas, recuerdos de maestras: son cuentos breves que semejan libros de lectura, de una o dos carillas), producción que los consagra para suerte de los historiadores de la educación, quienes creen que ellos tienen la obligación de dejar sus experiencias escritas. El otro es el libro de texto, si este sirve tanto para leer como para escribir lo deifica ampliamente, ya que se considera que con esto cumplió su función debido a que es autor de un material que permite a otros el acceso a la cultura letrada. Pensemos que los grandes: el nene, Pinino, Pablo Pizurnio, Andrés Ferreyra Vergara, Mercante redactaron libros de texto para primaria porque creían que ese era su papel. Late una pasión por la escuela y la cultura letrada. Uno estas ideas debido a que están convencidos de que lo mejor que le podía pasar a sus alumnos era incorporarse a la nueva intelectualidad, una posibilidad de escapar de estas creencias.

El docente es un funcionario del estado, no trabaja para la iglesia ni para la comunidad, tiene un título que se lo dio el estado nacional, cobra un sueldo que proviene de este territorio. Beatriz Sarlo llama Robots Estatales a estas características, denominación fuerte aunque a veces creemos que se parecen bastante a Terminator (quien nunca abandona su función de asesinar a Sara Connor, es lo único que quiere hacer), porque nunca descansan. Algo de esto vive en el viejo normalismo, eso de querer imponer la cultura escolar, de permitir a los jóvenes el aprendizaje de la lectura y escritura; nunca detienen esto, deben propagar la cultura estatal ya que haberla aceptado les permitió huir de sus destinos originales. Van a ser capaces de construir un mecanismo para ello.

¿Conocen las escuelas normales nacionales? La de Resistencia no me sirve mucho, en cambio la de Corrientes sí. Imagínense lo que significaba para una muchacha de doce años de esa ciudad, perteneciente a un estrato social medio bajo y que vivía en una suerte de monoambiente, con mala ventilación, ingresar todos los días a ese palacio, con una escalera de mármol que conducía al salón de actos, para escuchar a la profesora de piano que tocaba con suavidad. Esto es jugar a ser Sisi la Emperatriz una vez por día. Ella podía escapar a su realidad e introducirse en ese lugar creyendo que no existía algo mejor que eso. Serán robots estatales hasta tal punto, que serán incapaces de fabricar dispositivos concretos para llevar a cabo el mandato nacional. Una vez que el país dijo que el mundo debe alfabetizarse, el normalista produce el dispositivo denominado libro de texto para lograr ese propósito. En uno de Beatriz Sarlo, donde se construye el relato de su tía Rosa del Río, cuenta la historia de una clásica normalista que estudia en una escuela normal en la ciudad de Buenos Aires, hija de inmigrantes



denominado libro de texto para lograr ese propósito. En uno de Beatriz Sarlo, donde se construye el relato de su tía Rosa del Río, cuenta la historia de una clásica normalista que estudia en una escuela normal en la ciudad de Buenos Aires, hija de inmigrantes semianalfabetos. La escritora relata dos anécdotas: una del día en el que fue nombrada directora e hizo traer a todos los chicos varones al patio de la escuela en un barrio de población judía pobre de Buenos Aires, ubicada en la calle Olaya de Paternal. Esta era una institución -que aún existe- construida sobre una casa refaccionada. Ella los revisó y a los que tenían piojos les pagó un peluquero con su propio sueldo para que los rapara. Estos muchachos vuelven a sus casas del conventillo con la cabeza pelada, y es el directivo el que considera que tiene el derecho de actuar de esa manera; y el otro suceso se refiere al festejo del 25 de Mayo o 9 de Julio (la autora no logra certificar la fecha), en esta oportunidad las alumnas concurren al acto que se desarrollaba en la plaza con el pelo atado con una cinta de seda celeste y blanca abonadas con el salario de la directora. Beatriz Sarlo se pregunta las razones que pudo haber tenido esta mujer para llevar a cabo estas dos acciones, y no solamente porque las hizo, sino además porque se honraba al hacerlo. Por un lado es necesario tener en cuenta el contexto, el hecho de rapar a los chicos no tiene el mismo sentido en 1920 que en 1990 (por esto ningún padre fue a quejarse al día siguiente). Ellos creen que si el estado sostuvo que tenían que ser higienistas, debían serlo hasta las últimas consecuencias y para esto construyen los dispositivos necesarios. No existe nada que pueda frenar la intención de la Nación, ni siquiera sus propios sueldos.

En el caso de que el estado quisiera que todos aprendan a leer y escribir, el normalista inventaría el libro de texto ya que nada obstaculizaría su objetivo. El guardapolvo provino del decreto que impone Yrigoyen en 1917, pero Inés Dusset encuentra siete relatos previos de diferentes maestros del país que no coinciden. Jenny Hoguar lo establece en la provincia de Corrientes. La pregunta del anticuario es ver cuál es la que tiene la verdad. Dusset pone en evidencia, con estos relatos, que esto surge de abajo y que en 1917 el estado nacional está instaurando algo que se planteó en las escuelas. Uno supondría que el guardapolvo fue una imposición desde arriba, esta mujer lo que hace es demostrar lo contrario. El origen de este se debe a que el estado buscaba un discurso de homogeneización y, para igualar apareció este uniforme. Esto demuestra la idea del robot estatal, desde la perspectiva normalista es capaz de fabricar cualquier estrategia que le permita cumplir su mandato, llámese higienismo, alfabetización, patriotismo, homogeneización. Son los discípulos los que inventan lo que imponen. En las memorias de las maestras uno encuentra el discurso de la absoluta admiración hacia la escuela normal y allí recuerdan a sus profesoras como señoras bien vestidas, que se expresaban de una manera adecuada y de una moral intachable; asimismo rememoran la emoción de los actos y el encuentro con sus compañeros.

Beatriz Sarlo continúa con el pensamiento de Sisí la Emperatriz comentando que en la casa de Roca del Río sólo podían encontrar papel para los moldes de sastrería del padre y sus



respectivas tizas. Cuando esta muchacha ingresa a la escuela, queda fascinada y seducida por la cultura letrada (mapas, libros, diccionarios, láminas), le gusta esa sabiduría que no circula, lee o escribe en su casa. La compra tanto que llega a ser directora y considera que no hay nada mejor que seguir difundiendo esto. La escritora cuenta que anduvo por el barrio realizando una investigación, pregunta por su tía y en ese lugar todos la recuerdan por su función, pero no por su nombre. Ella deja de ser Rosa, la hija del sastre, para pasar a ser la directora. El robot estatal del ascenso social que va a encarnar el normalismo es la ventaja de la cultura letrada.

Otro elemento importante será la idea de que los normalistas van a ser intelectuales subordinados; esta escuela normal se va a articular con la primaria, correrá a la media y a la universidad donde se forma la elite. Un intelectual orgánico se forma en su propia biblioteca o en los viajes, pero no es la función de la escuela normal, la suya consiste en reconstruir el nivel primario y, por eso, su tarea es difundir y no producir ideologías. Esta institución no debe inventar el higienismo, la ideología oficial, los libros, sino propagarlos. Ibañes es un normalista que escribe una versión para difundir la historia que correctamente redactó Mitre. Ningún normalista se dedicará a la escritura de libros científicos, quizás en pedagogía, pero van a redactar libros de texto definidos sin valor científico debido a que su tarea es la divulgación. Estas personas tampoco producen novelas sino memorias, un género menor. Dentro del campo intelectual se ubica en un lugar de subordinación, no genera sino que propaga ideologías.

Una anécdota que me gusta contar se refiere al momento en el que se recibían las camadas de las escuelas normales (una parte de este concepto tiene relación con el reconocimiento de Sisi la Emperatriz) y se hacía entrega de los títulos. En 1881 o 1882 (no recuerdo bien el año) Sarmiento es quien se dirige a la escuela normal de Paraná para entregarlos, imagínense lo que esto significaba, y en ese lugar se hallaba Manuel Antequeda, quien además de ser un egresado era el mejor alumno de la promoción; en esta oportunidad el prócer también le daría una medalla por destacarse entre los estudiantes. El alumno era un mendocino que había llegado a esa escuela gracias a las becas del estado nacional, pero el problema era que él no quería ser maestro sino abogado, pero para esto debería haber asistido al Colegio Nacional, debido a que en aquellos tiempos el egresado de la escuela normal no tenía acceso a estudios superiores por la finalidad del mismo: un profesorado superior. Pensó que pidiéndoselo a Sarmiento -por su condición de mejor alumno- este le abriría el ingreso. En el momento de la entrega de la condecoración, en el salón iluminado (según propias palabras del estudiante) le plantea esta cuestión, a la que el otro le contesta no sólo con una negativa sino que lo defenestra en público. Sostuvo que era un atrevimiento ya que el estado nacional había invertido en su formación para transformarlo en el mejor maestro de su promoción, y que por esto debía dedicar su vida a difundir cultura, civilización y los bienes del estado y la república a la población. Sarmiento pensaba en el egoísmo de su desarrollo personal como un insulto al esfuerzo del estado. Podemos analizar este mensaje: 1) Era un intelectual subordinado, el más destacado, pero debía



conservar la tranquilidad. 2) Era un funcionario del estado y había llegado allí gracias a él. 3) Tenía una función social que consistía en cumplir con la difusión de la lecto-escritura, del progreso y la civilización en todo el territorio. La claridad de sus palabras fue captada por Antequeda, padre del normalismo rural, de tal manera que a partir de ese momento no sólo se transformó en docente sino que lo hizo en las peores condiciones posibles para que quedara evidenciado el grado de afectación que tuvo ese día en su vida.

Así llegamos al tema final, no sólo el normalismo sino Sarmiento. Otra condición del normalismo de la docencia argentina tiene que ver con el concepto de ser hijos de este prócer, sus herederos; la canción lo inmortaliza como el padre del aula y efectivamente lo es, ninguna persona puede ser profesor en la Argentina si no responde a lo que él dijo, uno puede hacerse cargo como quiere. En el país es el loco, psicótico, no tiene ley ni norma. Una de las imágenes más importantes de cuando asistí a la carpa blanca era la del sanjuanino amordazado, era terrible verlo callado. Aún el maestro más antisarmientino se estremecía. Nos parece imposible silenciar su voz, debido a que de alguna manera la historia de la escuela pública en nuestro país tiene que ver con él, ese fue su mandato. Un 11 de septiembre no puede evitarse hablar de él, una figura que hasta la actualidad desata tempestades. Su obra que comenzó en 1840 y finalizó en 1880 (cincuenta años de trabajo) comprende setenta tomos - actualmente se están recopilando treinta más- y sus escritos; borgeanamente hablamos de la Biblioteca de Babel. Uno puede hacerle decir lo que quiere porque entre sus textos hallará las palabras, pero pensar en que uno puede acercarse al escritor sería inútil, en última instancia lo que pensaba era: esto hay que tirarlo, vamos a tratar de olvidar esto de la herencia y a construir el mandato sarmientino. Era divergente, pero lo importante fue todo lo que dijo independientemente de cómo lo haya expresado, de las contradicciones y de las cuestiones pesadas que arman su mandato. Hay que tener en claro cuatro o cinco puntos, por un lado la opción sarmientina, bien normalista, basada en la educación pública y popular, en contra de la formación de elites; en este caso la tarea del docente es la de encargarse de las masas.

Existen grandes denuncias de Juana Manso, una de las máximas colaboradoras, de que el Estado gasta dinero para becas de colegios nacionales de vástagos diputados, pero siguen existiendo escuelas ranchos. Este pensamiento lo expresaba esta mujer feminista en 1870, de que se privilegiaba la formación de las masas. Entre 1920 y 1930, en un trabajo muy interesante de Inés Dusset, se plantea que la escuela primaria está masificada, que el normalismo va a ocupar la escuela media y le va a imponer las mismas lógicas de funcionamiento; en parte tiene que ver con permitirle a las grandes poblaciones la continuidad del estudio. El normalismo intenta que la enseñanza media se parezca lo máximo posible a la primaria, y eso garantiza que sus alumnos puedan seguir ascendiendo. Aquí aparece el clásico libro normalista que cualquiera de nosotros ha leído y seguro lo tiene: El manual de ingreso de Berruti. Alguien ha hecho una tesis de maestría en la Universidad de Buenos Aires sobre este tema y es ciertamente muy



interesante, lo que plantea es que si ustedes hacen las cosas como les digo entran en la escuela secundaria, cumpliendo con esto, poniendo las cuentas al costado, planteando las resoluciones, escribiendo una composición sobre su prócer favorito, separando las partes, acentuando cuando corresponde; esta es la postura de Berruti. Les aseguro que si entran a la escuela media se adaptan a las pautas escolares y seguirán. Este texto aún hoy se sigue usando y editando. Prosigue la pasión por la escuela popular y masiva, y dejan a las elites para otros.

La idea de la contradicción fundacional sarmientina se sostiene sobre la base de que la construcción del posible futuro pasa por la escuela, como una herramienta vital para edificar el porvenir en las instituciones.

La única forma de pensar en la existencia de un porvenir mejor, de hecho Sarmiento pensaba en la segunda mitad de su obra, es una vez que hayamos eliminado la barbarie. Cuando este hombre mira al exterior piensa en eso y lo comprende en dos claves:

1- El desierto: Afuera de la escuela no hay nada, está vacío, todo comienza cuando llega a este lugar e impone y difunde una cantidad de cuestiones.

2- La barbarie: Esta es el enemiigo, lo que debe ser derrotado, es Facundo Quiroga, y no es casualidad que le dedique una de sus obras más importantes. La cuestión del pasado, la imposibilidad presente en el mandato de Sarmiento impide pensar en futuros democráticos.

Cuando piensa, reflexiona sobre la formación del ciudadano, quiere que los gauchos se vuelvan verdaderos habitantes, que sean soberanos, que manden; esto es para crear otra alternativa democrática, para ello es necesaria una autoritaria y represiva eliminación de la condición del gaucho. El escritor no cree que sea posible rescatar algo de este sujeto. En el espacio vacío que ellos dejan, puede anidar la ciudadanía y esa es la contradicción esencial de la escuela argentina, el mejor futuro posible sólo se construye a partir de la negación del pasado.

En la escuela normalista, el normalista de la mano de Sarmiento le va a decir a la población gaucha "Ven a la escuela, acá está, este es tu pupitre, este tu libro de lectura, acá tu maestro formado, en este lugar te vamos a enseñar a leer y a escribir, para que seas un ciudadano, para que prograses, mejores y decidas los destinos del país, pero para eso debes dejar de lado al gaucho, someterte a la operación de extirpación de sujetos sociales".

Cuando un docente argentino dice esta frase: "Yo tengo una muy buena propuesta pedagógica, pero con estos alumnos no se puede", está retomando la matriz argentina, le está ofreciendo a sus alumnos lo mejor que puede. En el momento que sostiene que su propuesta pedagógica es buena está afirmando que es lo mejor que posee. El problema es que para gozar de las ventajas de esta tiene que dejar de ser quien es, la dificultad de pensar proyectos a partir de los alumnos (en términos psicológicos e individuales), sobre lo que se tiene, sería pensar que lo de afuera es nada más que barbarie y por ende debe ser combatido, o sino que es puro desierto y esto no trae nada.



Como para cerrar existe otro concepto, el de la escuela y el normalismo como una impresionante máquina de imposición de derechos. Lo que hemos hecho, lo que estaba haciendo Rosa del Río, es imponer derechos, lo que es una paradoja ya que estos se conquistan y ejercen. Pero la máquina escolar se basó en instaurarlos aún sin saber de los sujetos a los cuales se los imponía. Esta situación obviamente ofrecía una enorme cantidad de posibilidades, pero no un acto de imposición que les permitiera el ejercicio de ellos. Esto va a seguir presente, y si reviso un poco todas estas ideas normalistas, las formas de encarar los hábitos del docente en la Argentina constituye esta matriz, estas peleas, diferencias y maneras distintas de heredar al creador de las aulas.

Hoy cité a Borges, quien tiene un hermoso poema donde plantea que hay una sola cosa que no existe, y es el olvido; en alguna parte de nuestra concepción de la historia lo estamos pensando. Ignoro si el normalismo sirve o no lo hace, si caduca o no, pero lo que tengo en claro es que no va a desaparecer de las escuelas, y no lo hará porque no existe el olvido. Contra las versiones de la historia por etapas, versiones evolucionistas de meditar que hay un momento en que las cosas dejan de existir y se transforman en residuos, en fósiles, o como elementos que se conservan porque son vistosos. Me parece útil recurrir a las imágenes de la mochila y la joroba, debido a que nos puede servir para comprender esta lógica de matices fuertes, de estos relatos escritos en el cuerpo. A veces uno cree que arrastra una gran mochila y por esto no puede correr, está convencido de que el día que se la quite de encima será un excelente corredor, pero no es así. El pasado no es una carga, sino una joroba que está del lado de adentro y uno será un buen corredor el día que acepte que es un jorobado, cuando abandone la creencia de que podrá moverse más ágilmente una vez que se libere de esa "carga externa". Nunca podremos hacerlo, no lograremos sacarnos la historia. De alguna manera esta es la idea de nuestro trabajo de historiadores, la de apostar a la imaginación, la de hacernos cargo de la joroba, saber que somos así e intentar enamorarnos de la chica de nuestra edad, como en el famoso cuento de Víctor Bo.

Muchas gracias.

Lic. Pablo Pineau